

## Sonríe

Cuando dejamos nuestro hogar, los gritos en las calles de *Daraa* dieron paso a las explosiones; y estas, a la desesperación y al polvo. Los avisos llegaron muy tarde, demasiado. Recuerdo cómo gritaba mamá. Decía que papá se reuniría pronto con nosotras, pero sé que nos mentía. Yo apretaba con fuerza la mano de mi hermanita, Dona, mientras las tres corríamos en busca de un refugio. Todo era polvo. Dona tosía y yo casi no podía respirar. Los edificios silbaban y se derrumbaban a nuestros pasos. Se oían disparos y explosiones a nuestro alrededor, pero seguíamos corriendo.

Ya han pasado tres meses y cada día me despierto con la misma pesadilla: Dona grita y yo abro los ojos. Empieza un nuevo día en *Za'atri*.

En el campo de refugiados de *Za'atri*, ayudo a los voluntarios en la guardería *Sunshine*, el lugar donde trabajamos para devolver la sonrisa a aquellos niños que la perdieron durante la masacre. Hubo un tiempo en el que yo también fui una niña, pero mamá estuvo enferma y también se marchó, como papá. Y, hace dos meses, me convertí en lo único que tiene Dona en este mundo. Ahora ya no sonrío: soy una mujer.

Acompaño a Dona a la guardería, donde, como cada día, nos reuniremos con nuestros nuevos amigos: Waed y Mohamed. Ambos son huérfanos y tienen cinco años, al igual que Dona. Son nuestros nuevos hermanos, parte de nuestra nueva gran familia.

De camino a *Sunshine*, Dona se muestra cabizbaja y taciturna. Sé que está pensando en ellos, en papá y mamá, pero ya casi no habla sobre ese día. A decir verdad, ya no habla, no sonrío y jamás juega; es injusto, porque me temo que está envejeciendo poco a poco, y no sé cómo evitarlo.

Una vez en la guardería, dejo a Dona con mis nuevos hermanos y me despido de ella con un beso en la mejilla. Ella se limita a asentir y únicamente musita tres palabras en un susurro: «promete que volverás».

Una lágrima aflora en mi mejilla, pero la abrazo para que no la vea. Agachada, justo a su lado, le susurro al oído que nunca la dejaré. Cuando se tranquiliza, Waed y Mohamed acuden a nuestro encuentro, y se pierden al fondo de la tienda, mezclándose con el llanto de los niños y bebés más pequeños. Es una fría pero soleada mañana de lunes. Busco a Houda, su profesora. Empieza un nuevo día en la guardería.

—¿Nueva pesadilla? —me pregunta Houda, que parece leer mis pensamientos.

—Es la misma de siempre, la de todos los días.

—El pasado siempre vuelve para atormentarnos. Nunca se olvida de nosotros.

Houda intenta consolarme y, mientras sigue hablándome, me evado en su mirada, esquiva y oscura. Ella también perdió a su marido en la guerra, y su hijo murió unos meses más tarde, en *Za'atri*. También llora por las noches y sus ojos tienen la misma mirada que los de Dona; desea olvidar, pero no puede.

—¡Venid todos! ¡No os lo podéis perder!

Nos interrumpe Karim, otro huérfano a la fuerza, como yo. Su excitada voz proviene del exterior de la tienda. Dejo mis cosas sobre una de las mesas y salgo con Houda al exterior. No puedo creer lo que mis ojos están viendo.

—¡Acaba de llegar este cargamento, Houda! Viene de Gran Bretaña...

Reconozco al instante las siglas ACNUR en las cajas de madera. Hay seis de ellas en total. Me siento intrigada sobre su contenido y creo que Karim me lee el pensamiento, porque se une con avidez a los demás voluntarios y, palanca en mano, se dispone a abrirlas. Cinco minutos después, todas las cajas están abiertas, y su contenido consigue arrancarme una sonrisa. La primera en tres meses.

—¡Son juguetes, Karim! —exclama Houda sorprendida—. ¡Para los niños!

Me acerco a una de las cajas y distingo un sobre blanco, lacrado con las iniciales de ACNUR, en azul claro. Las palabras «*Royal Mail*» aparecen escritas en un tono rojizo, junto a otra frase que dice: «*Toys for Smiles*». Karim está en lo cierto: el cargamento

proviene de Gran Bretaña. En el sobre hay una carta. Se la doy a Karim, pues estoy temblando de la emoción. Houda sonrío. También es su primera vez.

—Son juguetes enviados desde Gran Bretaña, Houda —Karim sigue leyendo la carta y continúa atropelladamente—: nos los envían niños de Oxford. ¡Es increíble!

—Avisa al director, Karim. ¡Avisa a todos! —exclama Houda.

Houda me mira. Su sonrisa ilumina mi rostro.

—Reúne a los niños, por favor —Houda pone su mano sobre mi hombro y continúa—: ¡Repartiremos un juguete a cada uno de ellos!

Me limito a asentir, con los ojos empapados en lágrimas, y salgo corriendo hacia la tienda para reunir a todos los pequeños en un círculo. Le doy la mano a Dona y les pido a todos que me acompañen al exterior.

Al salir afuera, me siento transportada al pasado. Parece como si hubiésemos viajado hacia atrás en el tiempo. Los niños saltan y corren. A Karim lo acompaña Abu, el director, y todo el mundo sonrío. Houda ha formado una montaña con los juguetes y se afana por darle uno a cada niño. Dona sonrío. Es la primera vez desde que dejamos nuestro hogar. Suelta mi mano y va a jugar con los demás.

Dona juega feliz con Waed y Mohamed, mientras los demás construimos muebles para una casita de muñecas. El color ha vuelto a nuestras vidas. Por fin, nuestros niños son felices. La sombra del pasado se desvanece porque aún quedan personas buenas en este mundo, colmado de egoísmo y sufrimiento. Aún estamos a tiempo de devolver la esperanza a estos niños para siempre...